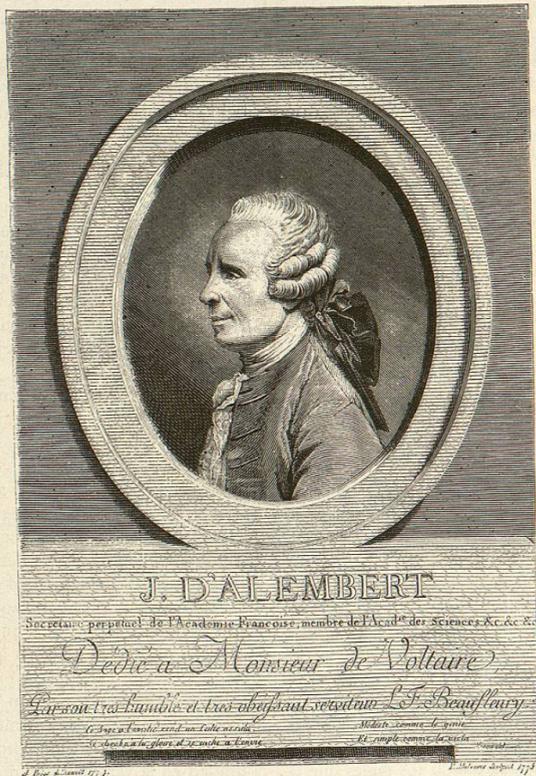


entrar sin cesar en sí y salir otra vez; hacer en fin el trabajo de la abeja, que de todo cuanto territorio ha recorrido, lo ha recorrido en vano si no vuelve cargada de cera y de miel á la colmena; y toda la cera reunida de nada sirve si no sabe hacer de ella panales.

»Un precepto importante que se ha de repetir mucho es el de confesar su insuficiencia. ¿No vale mas conquistarse la confianza de otros con un sincero «no sé» que balbucear

palabras, atropellarse á explicarlo todo hasta el punto de tener lástima de sí mismo? El que confiesa con franqueza que ignora una cosa, nos inclina á creerle cuando nos explica algo.

»El vasto imperio de la ciencia me parece un gran país en el cual hay sitios claros y oscuros. Pues bien, nuestros trabajos han de ir encaminados á dilatar los puntos luminosos ó á aumentar su número. Lo primero toca á los genios



D'Alembert. Copia del grabado en cobre de P. Maleure de 1775 hecho sobre el dibujo original de A. Pujos de 1744

penetrantes y sagaces que perfeccionan, y lo segundo al númen que inventa y crea.

»Tres son los medios principales á nuestra disposicion; la observacion de la naturaleza, la reflexion y el experimento. Con la primera reunimos hechos, con la segunda los relacionamos entre sí, y con el último comprobamos la exactitud de la relacion. Rara vez se ven reunidas en una sola persona las condiciones necesarias para el buen uso de estos tres medios; por eso los genios creadores son tan escasos.

»A los filósofos especulativos les sucede con la verdad lo que á los políticos con las ocasiones, que las ven por el lado calvo y aseguran que no es posible asirlas, mientras la mano del trabajador laborioso cae por casualidad en el mismo instante sobre el mechón único por donde se dejan coger. Hay que confesar, no obstante, que muchas tentativas de estos trabajadores resultan desgraciadísimas; los unos pasan toda su vida estudiando insectos y no ven nada nuevo, mientras un extraño al gremio echa sobre estos animales una mirada de paso y descubre el pólipo ó el pulgón hermafrodita.

»La inteligencia tiene sus preocupaciones; los sentidos se equivocan; la memoria es limitada; la imaginacion está sujeta á alucinaciones; los instrumentos son imperfectos; el número de los fenómenos es infinito; las causas están ocultas y las formas son quizá transitorias. Contra tantos obstáculos, unos procedentes de nosotros mismos y otros que la naturaleza nos opone desde fuera, solo tenemos una experiencia lenta y una potencia pensadora limitada; y con estas palancas se propone la filosofía mover el mundo.

»Hemos distinguido dos clases de filosofía, la experimental y la racional. La primera tiene los ojos vendados y anda á tientas; palpa todo lo que le viene á las manos, y al fin encuentra cosas preciosas; la otra reúne estos hallazgos y trata de hacerse con ellos luz; pero esta pretendida luz le ha servido hasta hoy menos que el tacto á su rival y con mucha razon; porque la experiencia varía sus movimientos hasta lo infinito; su actividad no cesa, y dedica á la indagacion y observacion de los fenómenos todo el tiempo que la razon gasta buscando analogías. La filosofía experimental ignora el resultado que tendrá su trabajo, lo que descubrirá y lo que no

podrá descubrir, pero trabaja sin descanso, mientras la filosofía racional, es decir, la que solo trabaja razonando, considera las probabilidades, se decide pronto y emite su juicio, diciendo por ejemplo con desenfado: «La luz no se descompone». La filosofía experimental lo oye y calla; calla siglos, y de repente enseña el prisma y dice: «Véase aquí la luz descompuesta.»

»La física experimental puede por sus buenos resultados compararse con el consejo de aquel padre que muriendo dijo á sus hijos que habia enterrado en su campo un tesoro, pero que no sabia ya el sitio. Los hijos cavaron y recavaron la tierra sin poder encontrar el tesoro que buscaban, pero en cambio obtuvieron una cosecha abundantísima y que no habian esperado.»

Imposible es enunciar con mas precision y laconismo las verdades sencillas cuya observacion ha conducido á todo cuanto hoy sabemos de la naturaleza y del mundo, como lo hizo Diderot en estos pensamientos sueltos. No figura Diderot entre los sabios descubridores especialistas, pero seria solemne injusticia contarle entre los semi-sabios de su tiempo, pues que poseia aquello cabalmente que distingue fundamentalmente á todo sabio verdadero del semi-sabio, á saber: primero, la conciencia perfecta del método único exacto del estudio; y segundo, la modestia característica del sabio verdadero, que no pretende tener mas conocimientos de los que tiene y puede tener, y que hasta considera benemérito de la ciencia al que confiesa francamente su ignorancia.

Esta manera de escribir sus pensamientos en sentencias sueltas, como epigramas sin conexion entre sí, era la que Diderot usaba con preferencia y en la cual se expresaba mejor y brilló mas. Sus mejores trabajos son monólogos en que los objetos varian como en un caleidoscopio, y diálogos en los cuales un interlocutor ejercita jugando el arte socrático de suscitar en el otro pensamientos que no tenia antes. De ambos métodos brotan así igual riqueza de ideas chispeantes, originales, comparaciones sorprendentes; y en ambos se observa una movilidad constante, unida al grande impulso de una naturaleza laboriosa, incansable, siempre ávida de aprender y siempre creadora. Los escritos de Diderot dan una idea de lo que era su conversacion, que seducia y arrebatava á todo el mundo, y que enseñaba mas en una hora que la lectura de una docena de libros. Por esto escribía Diderot mejor cuando creia hablar y cuando olvidaba que escribía. Su genio no era crear obras maestras literarias en los ramos usuales de este arte; pero se hizo maestro en una forma artística nueva entonces, la del discurso-boceto, ensayo ó folletín como decimos hoy.

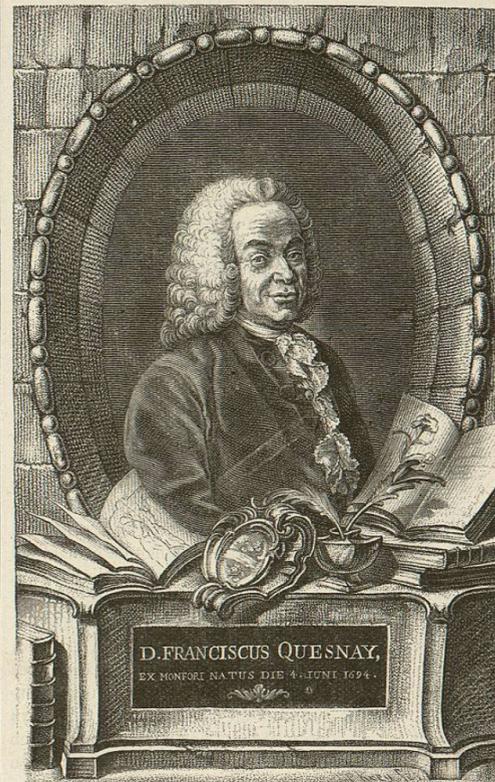
Antes de despedirnos aquí de este talento preclaro, recomendamos á nuestros lectores, no la simple lectura, sino el estudio del excelente *Viaje á Holanda* del mismo autor, publicado en 1774, y que forma parte de sus obras completas, tomo XVII, páginas 362 hasta 471. De su prefacio, que explica cómo se ha de viajar con provecho, extraemos las reglas que siguen y que confirmarán que el arte de observacion habia llegado á ser en este genio ilustre una segunda naturaleza.

«La edad de viajar es aquella en que la inteligencia tiene á su disposicion los conocimientos necesarios, y sabe formar juicios sobre las cosas. Sin estas dos cualidades ningun provecho permanente se sacará de los viajes; y gracias cuando tanto correr y desembolsar dinero no tiene por resultado volver á casa cargado de conceptos falsos é infestado de vicios.

»No seas admirador exclusivista de tus costumbres patrias so pena de pasar por hablador impertinente. La mayor parte

EPOCA DE FEDERICO EL GRANDE

de nuestros compatriotas parece que viajan solo para rebajarnos en el extranjero (con las alabanzas impertinentes de su país). Guárdate bien de emitir juicios precipitados y no olvides que en todas partes hay espíritus pesimistas que todo lo encuentran malo, y otros entusiastas que todo lo exageran. El viajero tiene tanta necesidad como el historiador de un criterio frio é imparcial. El espíritu de observacion es raro, y los mismos que lo tienen innato están sujetos á caer en exageraciones. Uno de los defectos mas comunes es for-



Francisco Quesnay. Copia del grabado en cobre hecho por François en el año 1767, sobre el cuadro original de Fredon

mar juicios generales deduciéndolos de hechos aislados, escribiendo en cien tonos diferentes, por ejemplo: «En Orleans son todas las posaderas pendencieras y tienen cabello rojo.» Con menos tiempo y errores pasarás en los puntos donde te detienes, si te informas de lo que te interesa consultando con un hombre experimentado y práctico del país; y la conversacion con personas escogidas de diferentes clases de la sociedad te enseñará mas en dos mañanas, que diez años de residencia y de observacion.

»Cuando llegues á una ciudad, sube á una altura desde donde puedas dominarla con la vista, y obtendrás de un golpe una idea exacta de su extension, situacion y número aproximado de sus casas, con cuyos datos podrás formar juicio del número de habitantes.

»Escucha y oye siempre y habla poco; porque hablando dices cosas que tú ya sabes, y escuchando aprendes lo que saben los otros. Si encuentras contradicciones en lo que te refieren, toma solo por cierto lo que afirmen todas las noti-

cias. Examina bien las que te comuniquen; poco te costará distinguir la persona formal y bien informada que merece tu confianza, del hablador procaz, ignorante, ligero é indigno de ella, que habla de todo con igual aplomo. No des crédito sino á lo que te diga la persona que se limite á lo que es de su oficio. Sobre todo desconfía de tu propia imaginación y memoria; la primera hermosea unas veces, afea otras y siempre desfigura las cosas; y la segunda, si es mala, no conserva nada, y si es engañadora, lo desfigura todo. Se olvida lo que no se apunta, y nuestra imaginación persigue en vano lo que hemos anotado incompletamente.»

En el texto que sigue aplica el autor estas reglas magistralmente al viaje á Holanda, dándonos una descripción breve, pero general y completa, de este país y de sus habitantes, viniendo á ser toda la obra un trabajo hasta entonces sin rival en su clase.

Entre los colaboradores de la Enciclopedia figuró también aquel doctor Quesnay que hemos mencionado en otro capítulo, pero que ahora conoceremos más á fondo. Nació el 4 de junio de 1694 en Meray cerca de Montfort l'Amaury, lugar situado á algunas horas de distancia de París. Su padre era abogado, pero más aficionado á la agricultura que á defender pleitos; y el hijo, criado en el campo y en el amor á la vida rural, adquirió en su casa rudimentos en el latín y griego. Después su padre le colocó á la edad de diez y seis años de aprendizaje con un cirujano. Ocho años después, en 1718, fué admitido en el gremio de cirujanos de París como maestro, ó sea licenciado en cirugía. Concluyó en la capital sus estudios de medicina, matemáticas y filosofía, y se estableció finalmente de médico en Nantes; pero recomendado á la reina por el mariscal de Noailles, y á La Peyronie, primer cirujano del rey, por una excelente disertación sobre las sangrías, fué llamado por La Peyronie á París. En 1744 fué nombrado primer médico de cámara del rey, que le concedió ejecutoria de nobleza, y solía llamarle «su pensador.» Gozó también de la más completa protección de la marquesa de Pompadour, al lado de cuyos apóstoles en el palacio de Versalles tenía su modesta estancia. Apreciado y respetado como hombre por la pureza clásica de sus costumbres, y como médico por sus méritos distinguidísimos, murió en Versalles en 16 de diciembre de 1774 á la edad de 81 años; pero su fama póstuma no se basa en sus méritos como médico ni como hombre virtuoso, sino en los que adquirió como fundador y eminente apóstol de una nueva ciencia, que llamó *economía política*. En 1758 hizo imprimir en un cortísimo número de ejemplares, su *Cuadro económico*, *Coran* de los economistas que le siguieron, en cuya obra depositó su nueva doctrina y sistema. Por desgracia no existe en el día ningún ejemplar de esta obra, de la cual solo se han conservado por haberse reimpresso posteriormente, sus *Principios generales del gobierno económico de un reino agrícola* (1). Estos principios y los dos artículos *Fermiers* y *Grains* (arrendatarios y granos) en la Enciclopedia de Diderot son hoy las fuentes principales en que aprendemos de primera mano la teoría y sistema económicos de Quesnay, particularmente en el segundo de los dos citados artículos, más propio para servir de guía al lego en esta materia.

De esta manera pinta Quesnay el estado económico de la Francia, que encuentra moribundo y que desea ver robusto y sano: «Los objetos principales de la vida del comercio francés son granos, vino, aguardientes, sal, cáñamo, lino,

(1) En la obra de Dupont de Nemours: *Physiocratie ou constitution naturelle du gouvernement le plus avantageux au genre humain*. Leiden y París 1768, y en la de Guillaumin: *Colección de economistas*. Tomo II. París, 1846.

lana y en general los productos animales. La manufactura de telas y otros géneros podría aumentar considerablemente el valor de las materias textiles y dar pan á un gran número de personas por medio de un trabajo utilísimo; pero se observa hoy, que la fabricación y venta de la mayor parte de estos géneros son casi nulas en Francia. Las manufacturas de objetos de lujo han seducido á la nación desde hace mucho tiempo. No tenemos ni la seda ni la lana que se necesitan para la fabricación de paños y telas finas y hermosas; nos hemos dedicado á una industria que nos era extraña en la cual se ha ocupado una multitud de gente, mientras los campos quedaban abandonados y el país se iba despoblando. Se han bajado los precios corrientes de los cereales para abaratar la fabricación y la mano de obra más de lo que cuestan en el extranjero. En las ciudades se han ido aglomerando la gente y los caudales, y no se ha tenido cuenta de la agricultura, la parte más productiva y más noble de nuestra vida industrial, y fuente de todos los ingresos del reino como base y cimiento de nuestra riqueza. Parecía que interesaba al labrador y al colono no producir más que lo puramente necesario para el consumo de la nación, para comprar con qué vivir y para sufragar los gastos del cultivo; y se ha creído que el comercio basado sobre productos industriales llenaría el país de oro y plata. Se ha prohibido la plantación de viñas y se ha recomendado la de la morera; se ha dificultado la venta de los productos agrícolas y disminuido la renta de la propiedad rural para favorecer manufacturas que perjudican á nuestro comercio nacional. Francia puede producir todas las primeras materias en abundancia, y del extranjero solo necesita comprar géneros de lujo. El cambio mutuo entre las naciones es necesario para mantener el comercio; pero nosotros nos hemos aplicado á la fabricación y venta de géneros que podíamos comprar del extranjero, y hemos querido perjudicar á nuestros vecinos quitándoles la ganancia que realizaban con los géneros que nosotros les comprábamos. Con esta nuestra guerra de competencia artificial hemos destruido unas relaciones comerciales entre nosotros y ellos, que redundaban enteramente en ventaja nuestra. Ahora han prohibido en su territorio la introducción de nuestros géneros y nosotros compramos de ellos á elevado precio y por medio de contrabandistas las materias que necesitamos en nuestras fábricas. Para ganar un par de millones fabricando y vendiendo géneros hermosos, hemos perdido millares de millones en productos que podía dar nuestro suelo; y esta nación creía que prosperaba porque se engalanaba con bordados de oro y plata.»

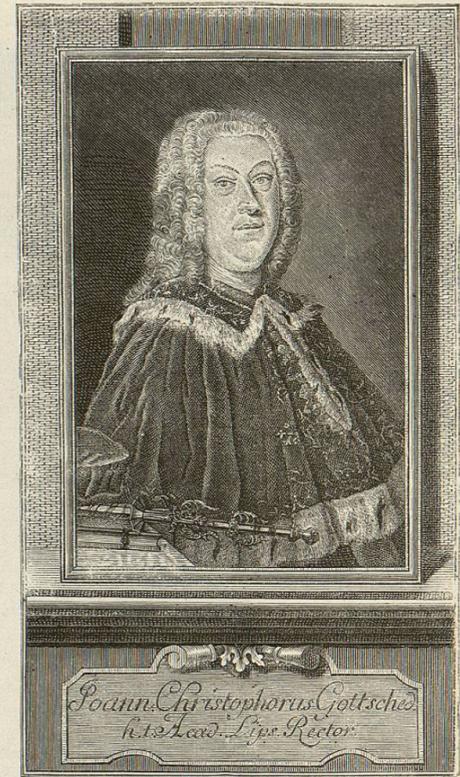
Quesnay, según se ve, empezó también por donde empezaron Boisguillebert y Vauban; la agricultura postergada y abatida fué el objeto preferente de sus investigaciones. Gracias á los conocimientos y experiencia que Quesnay había adquirido en su juventud, y que en su tiempo no se encontraban en ningún libro, por ser cosa puramente de gente práctica en estas cuestiones especiales, penetró en pormenores de los cuales dedujo los principios generales que pudo comprobar con datos y números positivos. Su estudio detallado y práctico de la explotación agrícola en grande y pequeña escala en Francia, y de la diferencia de sus gastos y rendimientos, es un trabajo completamente nuevo y original. Igualmente son nuevos sus cálculos exactos de los beneficios líquidos que quedaban á los propietarios y colonos después de descontar los gastos de producción, de la tala y del diezmo. Los resultados que encontró eran por demás aflictivos, siendo uno de ellos que los 36 millones de fanegas (*arpents*) de tierra de pan llevar que se cultivaban, solo producían un año con otro 45 millones de fanegas (*boisseaux*)

de grano, Quesnay atribuye lo mezquino de esta producción á la paralización del comercio de granos, á la consiguiente falta de exportación y á la despoblación de los distritos rurales á causa de lo gravoso y arbitrario de los impuestos y de las quintas, y de lo oneroso de las corveas. «Antes, dice, contaba la población rural una tercera parte más de almas, lo cual naturalmente aumentaba el consumo otro tanto, y sin embargo todavía sobraba grano para venderlo al extranjero, y en el año 1621 se quejaron los ingleses de que los franceses introducían en su país tan grandes cantidades de cereales baratos, que los productores ingleses no podían competir con ellos. Entonces costaba el trigo en Francia 18 libras en moneda de nuestro tiempo, precio muy bajo para aquella época; de suerte que á la sazón debía producir la Francia por término medio 70 millones y medio de fanegas, cuando hoy solo produce unos 45 millones; y si entonces la población, más numerosa, en una tercera parte, gastaba 20 millones de fanegas más que la merma de hoy, quedaba todavía un buen sobrante para la exportación. Este sobrante fué el fruto precioso de la política económica de Sully. Este gran ministro, deseando aumentar las rentas del rey y de la nación, y conservar las fuerzas del país, pedía solo labradores, viñadores y pastores. Sully fundó el poderío de la monarquía y el bienestar de la población sobre el rendimiento del suelo, es decir, sobre la agricultura y la exportación de sus productos, y decía que sin esta última quedarían muy pronto los súbditos sin dinero y el rey sin rentas. No se dejó engañar por las pretendidas ventajas de la fabricación, y solo favoreció la de los géneros de lana, porque había comprendido que la cosecha de cereales dependía del consumo de lana que favorecía el aumento de los rebaños tan necesarios para fertilizar las tierras.»

A esta política quería Quesnay que se volviese, diciendo: «Es preciso cuidar el tronco del árbol, y no limitarse á dirigir sus ramas. Podemos dejar á estas desarrollarse y extenderse en completa libertad; pero no debemos descuidar la tierra que da el jugo para su crecimiento y vigor.»

Colbert, continúa diciendo Quesnay, á pesar de dirigir toda su atención á la industria manufacturera, comprendió que debía rebajarse el impuesto de la tala y que era preciso hacer adelantos á los labradores á fin de que la agricultura no quedara aniquilada; pero no lo permitían entonces las necesidades del gobierno; y no habló de auxilios esenciales, como por ejemplo la justa aplicación y reglamentación de la tala, ni del establecimiento irrevocable de la libertad del comercio de trigo; dejó abandonada la agricultura; las guerras y los reclutamientos despoblaron el país y disminuyeron las rentas del reino; los arrendadores de los impuestos se hicieron con sus adelantos falaces sayones del gobierno, y la previsión del ministro se redujo á la explotación de este recurso desgraciado, cuyos resultados debían ser después tan fatales para la Francia. La mala marcha de la agricultura en los 30 millones de fanegas de tierra cultivada ha producido hasta ahora, unos 595 millones de libras anuales, de las cuales tocaban á los propietarios 76 y medio millones, al impuesto de la tala 20 millones, á los arrendatarios 27 y medio millones, al diezmo 50 millones y á gastos 415 millones. Con una explotación más racional habrían producido estos mismos 30 millones de fanegas 1378 millones de libras en trigo y heno; y otra cantidad igual de fanegas plantadas y sembradas de cáñamo, lino, legumbres, centeno, cebada, bosque, viña, moreras, manzanos, nogales, castaños, patatas, etc., producirían 437 millones de libras; de consiguiente habría un producto total de 1815 millones ó sea 1220 millones más que hoy. Los 1815 millones se distribuirían así: 400 para los propietarios, 165 para la tala, 165 para los arrendatarios, 155 para el diezmo y 930 para gastos.

»Todo esto se habría logrado con una gran reforma, indispensable ya, y que librara á la agricultura de todo lo que paraliza el trabajo del labrador y dificulta la venta de sus productos, es decir, la abolición de las prestaciones personales y del reclutamiento, la distribución equitativa de la tala y la libertad incondicional del comercio de cereales en el interior y con el extranjero.» Contra esta última existían preocupaciones arraigadísimas, como el temor, alegado por



Juan Cristóbal Gottsched  
Copia de un grabado en cobre del año 1739 hecho por  
J. M. Bernigroth (1713-1767) y sacado del cuadro original de E. G.  
Hausmann (que murió en 1778)

los interesados en la conservación de lo existente, de dar lugar con la libre exportación á una hambre general en años de mala cosecha. ¿Qué opinión, pregunta Quesnay, prevalece respecto de esta contingencia en el extranjero, donde después de haber probado ambos sistemas se ha llegado en virtud de la experiencia adquirida á la libertad de comercio de cereales? A esta pregunta contesta nuestro autor con el siguiente pasaje significativo de una obra inglesa: «Dejamos á otros pueblos el trabajo de forjar planes y buscar con afán medios de evitar el hambre; nosotros hemos encontrado un medio muy sencillo, ó sea el secreto de disponer tranquilamente, en paz y abundancia, de los artículos más indispensables á la vida. Mas dichosos que nuestros mayores, no vemos ya aquellos cambios súbitos y exorbitantes en los precios de los cereales, y que más son debidos al miedo del hambre que al hambre misma... Cuando la Inglaterra se cuidaba exclusivamente de su subsistencia, sucedía con frecuencia que no tenía lo necesario, y había de comprar trigo extranjero;